

1

In memoriam
Glencoe, 1745

Ese día podría haber sido el de la Creación como podría haber sido el del fin del mundo. Era un día como los otros y al mismo tiempo un día como no habría otro. El tiempo, eterno recomenzar, es progresión inexorable hacia el fin, puesto que todo tiene un fin. Pero yo creo... que el fin de algo es siempre el inicio de algo, ya que en todo dormita la eternidad.

Era una de esas mañanas frescas y soleadas de inicios de otoño. Unos jirones de bruma abrazaban amorosamente los picos rocosos que formaban las murallas naturales, entre las que el río Coe, de un humor bastante calmado, iba cayendo en cascada hacia el lago Leven. El canto cristalino del agua que resonaba en mi valle me recordaba mi historia, que también era la de mis hijos y mis nietos. En mis descendientes corría la sangre de mi raza: agua viva que transmitía la historia de una generación a otra; fuente que abrevaba nuestras raíces; tinta que marcaba nuestro paso. Así, mis hijos asegurarían mi eternidad más allá de las fronteras de mi tiempo. Con ellos, mi pueblo sobreviviría al éxodo.

El sol ya no conseguía calentar mis viejos huesos. Sentada en un banco, bajo el cerezo que la brisa deshojaba con un desorden sensual, contemplaba el paisaje intentando grabar en mi mente el azul inmutable de la inmensidad, dejándome acunar por las imágenes felices y desgraciadas de mi pasado que sur-

gían en mi cabeza. Los calores del verano habían hecho su labor y las colinas habían adquirido unos maravillosos tintes ocres, cálidos a la vista. Aunque no sonriera, mi alma estaba serena. «Pronto...», me repetía a mí misma. En mí, no había ni angustias ni arrepentimientos. El cielo inclinaba su inmensidad sobre mi valle invitándome a reposar en él. El Otro Mundo me abría, por fin, sus puertas. Iría a reunirme con Liam, el amor de mi vida... Yo estaba preparada para mi último viaje.

Unas risas me sacaron de mis pensamientos. Los dos últimos retoños de mi hijo Duncan, los gemelos John y Alexander, perseguían a otro niño, blandiendo unas espadas de madera. Sus largas piernas desnudas bajo el kilt descolorido estaban cubiertas de barro y azotaban la hierba dorada. Me hicieron pensar en unos potros brincando sobre sus patas nuevas, y eso me arrancó una sonrisa.

—Son hermosos —murmuré, contemplándolos con ternura—. Serán unos guerreros valientes... si Dios quiere.

Duncan, sentado junto a mí, no dijo nada y dejó que su mirada errara por el valle. A sus cincuenta años, alto y robusto, seguía disfrutando de buena salud a pesar de las numerosas heridas acumuladas a lo largo de su vida. Ahora hacía más de dos semanas que los hombres del clan aptos para la guerra se habían marchado. Como su mujer Marion padecía unas fuertes fiebres, había decidido esperar a que ella estuviera fuera de peligro para seguirlos. Desde hacía dos días estaba mejor, y Duncan ya pensaba en ir al encuentro del ejército jacobita. Éste, entusiasmado con la llegada del príncipe de Gales, hijo del antiguo Pretendiente, se dirigía hacia Edimburgo. En su camino, lo irían engrosando todos los que tuvieran la determinación de devolver definitivamente a los Estuardo el trono de Escocia.

Me cubrí las rodillas con el plaid con un escalofrío. Mis dedos, gastados por una vida dura de labores, temblaban, y mis articulaciones cada vez me producían mayor sufrimiento.

—¿Cómo se encuentra Marion hoy?

—Está un poco mejor, pero el aire húmedo no le va bien.

—¡Hummm!, no, supongo. Ahora que le ha bajado la fie-

bre, sin duda te marcharás para reunirte con los que van al encuentro del príncipe.

—Ésa es mi intención... —murmuró, descansando sus ojos en el valle que se extendía ante nosotros.

Así empezaba una nueva insurrección...

No había unanimidad en cuanto al levantamiento al norte del Tweed, como no había existido antes de Killiecrankie, en 1689, o de Sheriffmuir, en 1715. Pero enardecía el corazón de los jacobitas y despertaba en ellos el violento deseo de liberarse del pesado yugo inglés. Este fuego corría por las venas de Duncan, como había corrido por las de Liam y como, sin duda, ya corría por las de mis nietos.

La última insurrección databa de hacía treinta años, por lo que la nueva generación del clan tan sólo había oído hablar de ella. Los ancianos la explicaban con exaltación. Parecían haber olvidado la amargura de su fracaso y las consecuencias sufridas a lo largo de los años posteriores. Aunque moderada, la represión había alimentado los deseos de venganza. El tiempo había hecho lo demás.

Hubo algunas tentativas, como la de 1719, en Glenshiel. Unos fanáticos se aliaron con un puñado de españoles con la esperanza de triunfar allí donde había fracasado el conde de Mar. Los dos hermanos Keith —uno de ellos el conde de Marischal— y el marqués de Tullibardine, William Murray, fueron los instigadores del movimiento. Pero la batalla se saldó con una nueva derrota. Los jefes de los clanes jacobitas se exiliaron entonces a Europa. Así pues, la idea de la restauración de los Estuardo cayó en el olvido durante unos años. Cada uno volvió a sumirse en sus labores cotidianas, que adormecían el espíritu de rebeldía.

El conde de Marischal, George Keith, se refugió en Suiza, donde sirvió a los prusianos en calidad de gobernador de Neuchâtel. Mi hermano, Patrick Dunn, y su esposa, Sàra, lo siguieron. Yo viví con gran dolor esta separación: Patrick y yo estábamos muy unidos, y Sàra, la hermana de Liam, era como una hermana para mí. Durante un tiempo nos llegaron regularmente cartas de Patrick. Después, un triste día de 1722, la escritu-

ra vacilante de Sàra me informó del fallecimiento de mi hermano. Su corazón había dejado de latir al inicio de la primavera.

Mi cuñada regresó a Glencoe al año siguiente. Pero, abatida por la muerte de Patrick y debilitada por el largo viaje que la había traído hasta sus bienamadas montañas, sucumbió a lo largo del invierno de 1724. Patrick y ella no habían tenido descendencia.

En aquella época, todavía vivía mi hermano Mathew. Viudo desde hacía diez años, vivía en Strathclyde en casa de su hija Fiona, en las tierras de su yerno, lord Samuel Crichton. La distancia y la edad nos mantuvieron en lo sucesivo alejados, y yo me sentía aislada. Afortunadamente, nos escribíamos al menos dos veces al año.

Escocia pasaba por unos años difíciles. El desarrollo industrial enriquecía a Inglaterra. Pero sus efectos benéficos no llegaban a Escocia, cuya economía estaba estancada. La población escocesa vivía en unas condiciones modestas, es decir, miserables. El Acta de la Unión de 1707 no cumplía con sus promesas, y un sentimiento de descontento crecía en el corazón de los escoceses. El contrabando, verdadero núcleo de la economía del país, se había extendido. Los ingleses, al verse privados de un importante capital, establecieron nuevos impuestos a la industria del whisky y la cerveza. Las consecuencias no se hicieron esperar: motines, huelgas en la cervecería. En fin, todo concurría para despertar al monstruo adormecido en cada jacobita.

Esta agitación inquietó al Parlamento británico. Había que reprimir a los irreductibles, someterlos antes de que todo aquello se transformara en un levantamiento. Para calmar la exaltación de los montañeses, los parlamentarios creyeron necesario instalar unas guarniciones en las Highlands. Así pues, el general Wade, comandante en jefe de las tropas reales en Escocia, mandó horadar el granito de las Highlands para construir caminos que facilitaran los desplazamientos militares. Hizo restaurar las obras ya realizadas y construir el fuerte Augustus, en la orilla norte del lago Ness. Para rematar este trabajo, reclutó un regimiento entre los highlanders hannoverianos, que recibió el nombre de Guardia Negra.

El pueblo de las montañas permanecía hostil al cambio. Algunos jefes de clanes intentaron instaurar un sistema agrícola más eficaz. Pero la población era reacia a los modos ingleses y se resistía. Nuestro clan no era una excepción. El contrabando y el robo de ganado, como siempre, eran nuestras principales fuentes de ingresos. Y, aunque nos aseguraron la subsistencia, también fueron nuestra desgracia.

Con el paso de los años, Liam fue extendiendo su red de comercio de alcohol y tabaco. Se asoció con un hombre de Glasgow sin escrúpulos, Neil Caddell. Éste poseía manufacturas en las colonias de América y fijaba él mismo sus precios, haciendo caso omiso de las leyes sobre los impuestos inglesas, que consideraba fraudulentas. Decía que estas leyes sólo servían para cebar a un gobierno déspota.

Caddell fue detenido en varias ocasiones por fraude fiscal. Pero siempre conseguía arreglárselas. Tan sólo le ponían unas multas, que él pagaba a toca teja. Los aduaneros gubernamentales y los juristas no se hacían mucho de rogar cuando les presentaban una bolsa a rebotar. En seguida reemprendía el negocio. No obstante, la buena estrella no brilló eternamente. En 1736, Caddell volvió a ser encarcelado. Esa vez, el juez encargado de su caso no estaba dispuesto a canjear un veredicto de no culpabilidad por dinero. Caddell fue condenado a muerte. Tras la ejecución de su socio, Liam optó por la discreción. Retomó el comercio de ganado y abandonó progresivamente el contrabando de alcohol.

Duncan, que nunca había dejado de dedicarse al robo de ganado en las Highlands, acompañó a su padre con alegría a Lennox. Allí, los dos hombres se aliaron con un tal Buchanan de Machar y con los hijos del difunto Robert Roy Macgregor, uno de ellos James Mor, antaño cómplice de Duncan. Estas gentes eran muy buenas con el chantaje,¹ una nueva actividad

1. En Escocia, los ladrones de ganado chantajeaban a los ganaderos de las Lowlands. El chantaje consistía en hacerse pagar importantes sumas de dinero a cambio de la protección de los rebaños. Cuando el propietario se olvidaba de pagar, los rebaños desaparecían misteriosamente de los pastos.

que no me parecía menos peligrosa que la anterior. Pero ¿qué podía hacer yo? Eso hacía feliz a Liam. Además, él no hacía más que repetirme: «¡Hay que vivir!» Había que conocer el pragmatismo escocés.

—Hay que vivir —murmuré yo para mí misma, absorta en mis recuerdos.

El calor de una mano sobre mi brazo me devolvió al momento presente. Me volví hacia Duncan y percibí tristeza en su mirada azul. Los ojos se me escaparon en seguida tras los gemelos que jugaban a la guerra.

—Me los llevo conmigo.

—Pero ¡si sólo tienen trece años, Duncan! Marion nunca querrá...

—Así lo he decidido. Ella tiene que descansar. Me preocupa, madre. Aunque le haya bajado la fiebre, todavía está débil. Y llega el invierno... Estarán mejor conmigo; junto con sus hermanos Duncan Og, Angus, James y Coll. Los vigilaré. Al fin y al cabo, ya son casi unos hombres...

Al oír aquello no pude evitar dirigirle una dura mirada. Sus palabras me recordaron una promesa que él me había hecho una mañana gris, y que no había podido cumplir. Se marchaba a reunirse con las tropas jacobitas del conde de Mar. Fue en 1715 y me parecía que hacía una eternidad. Pero el recuerdo era tan intenso como si hubiera sido la víspera. Desgraciadamente, Ranald nunca había regresado de la batalla de Sheriffmuir. Yo sabía que Duncan se sentía un poco responsable. No obstante, nunca le había reprochado nada. La guerra era así: la vida de un hombre no representaba más que un pobre tributo que había que pagar por una causa.

Pasó un ángel, y el batir de sus alas hizo que se arremolinara el polvo acumulado sobre varios años de recuerdos. Eterna memoria..., a veces dulce, a veces cruel. Tenía esa capacidad de levantar el velo que cubría las imágenes y los olores que se acumulaban en nuestra mente a lo largo de la vida, y de extraer la esencia de nuestras emociones.

Más de tres mil hombres procedentes de los clanes del oeste de las Highlands, secular feudo jacobita, ya se habían

reunido bajo el estandarte de Carlos Eduardo Estuardo. Este joven príncipe era hijo de Jacobo Francisco Eduardo, antaño llamado el Pretendiente, y que, después de su exilio definitivo tras el último levantamiento, había padecido neurastenia. Se había confiado la regencia de los reinos de su padre a Carlos Eduardo. Inglaterra, que seguía ocupada en sus eternas guerras con Francia en el continente, había dejado muy pocas tropas en su propio territorio. El momento parecía propicio. Con un poco de suerte, tal vez los jacobitas podrían alcanzar sus objetivos.

Elegante, enérgico, de naturaleza alegre y con un encanto irresistible, Carlos Eduardo Estuardo, llamado afectuosamente *Bonnie Prince Charlie*,² contaba con todos los atributos de un jefe y estaba determinado a guiar una vez más a sus súbditos por el sendero de la guerra tras treinta años de paz. El elemento desencadenante había sido, sin duda, el fallecimiento del emperador de Austria, Carlos I, origen de los nuevos conflictos entre Francia e Inglaterra. Eso formaba parte de lo que ahora llamaban la guerra de Sucesión de Austria.

Los jefes jacobitas, en especial el pérfido lord Lovat y el nieto del venerado Ewen Cameron, el joven Donald, creyeron que esos conflictos que se extendían por Austria, Alemania y Flandes eran una buena ocasión para volver a intentar colocar a un Estuardo en el trono de Escocia.

El fogoso Bonnie Charlie, movido por la perspectiva de recuperar el trono usurpado a su abuelo en 1688, buscó la ayuda necesaria en el rey de Francia. Pero a Luis XIV no le interesaban los problemas de Escocia y prefería apoltronarse en la gloria que le procuraba su reciente victoria en Fontenoy. Pero ¡que no quede por eso! Gracias a dos compatriotas que vivían en Francia, Eneas Macdonald, banquero en París, y Antoine Walsh, armador irlandés, Carlos Eduardo pudo organizar su loca expedición.

Nosotros sabíamos poco de lo que se preparaba, excepto que el príncipe había desembarcado en la costa occidental de

2. «El hermoso príncipe Carlos.»

Escocia, concretamente en la isla de Eriksay, feudo de los Macdonald insulares, a mediados de julio. El estandarte había sido izado y aclamado en Glenfinnian un mes después. Los juramentos de fidelidad se multiplicaban. Las armas ya chasqueaban. La aventura de 1745 se iniciaba..., y yo adivinaba la continuación.

—Los mantendré alejados de los combates —me aseguró Duncan con voz tenue.

Posé mi mano sobre la de mi hijo y noté que se me encogía el corazón. ¡Al envejecer se parecía tanto a su padre! Echaba mucho de menos a Liam, como yo, que conocía los sentimientos que lo desgarraban. Igual que su padre, muchos años antes, arrastraba a sus hijos tras los pasos de un Estuario, a sabiendas de que la muerte los acompañaría hasta la victoria o la derrota. Pero en las Highlands, la libertad tenía un precio.

La paz no conseguía instalarse en nuestras montañas. Se decía que este país salvaje estaba habitado por las almas de los grandes guerreros *fiannas*,³ cuyo aliento le otorgaba su perfume, que no se dejaba dominar por el olor del *sassannach*.⁴ Algunas cosas no se podían cambiar. En la sangre gaélica corría la convicción de que la supervivencia de una raza residía en la inmutabilidad de sus raíces. Los *sassannachs* nos azuzaban; removían nuestra tierra y dejaban nuestras raíces al aire para arrancarlas mejor. Ya había llegado el momento de despertar el alma guerrera y de blandir la cruz ardiente.

—Está bien —dije simplemente, sabiendo con seguridad que no había que añadir nada más.

Me volví hacia las colinas y observé durante un buen rato a los dos chicos que se divertían. Alexander corría tras John. Siempre estaba con su hermano gemelo y lo seguía como a su sombra, buscando en la imitación de sus gestos y de sus palabras la manera de convertirse en un miembro del clan por

3. Los *Fiannas* eran unos feroces guerreros celtas del oeste de las Highlands.

4. «Inglés», en gaélico.

derecho propio. Aunque la naturaleza los había hecho el uno la réplica exacta del otro desde el punto de vista físico, tenían unos caracteres muy diferentes.

Yo no dudaba del vínculo que los unía. ¡Qué fenómeno tan fascinante el de los gemelos que da lugar a dos seres a la vez idénticos y diferentes! Una misma sangre, una misma carne, pero dos mentes influenciadas cada una por un medio distinto. John era de naturaleza calmada y reflexiva, y moderaba el temperamento rebelde y belicoso de Alexander. Siempre defendía a su hermano cuando éste hacía una tontería. Algo que sucedía con demasiada frecuencia. Pero yo notaba que ya no era como antes entre ellos. ¿Habría sido diferente si no los hubieran separado en su tierna infancia? Una cosa era cierta: esa separación había sido un gran error.

Esta historia había comenzado con la muerte prematura de la pequeña Sarah. Dos años mayor que los gemelos, la niña había muerto de difteria. Después, la enfermedad había atacado a Coll, que tenía un año menos que Sarah. A continuación, fue John el que cayó enfermo. Temiendo por el pequeño Alexander, Duncan y Marion se resignaron a enviarlo a Glenlyon, con la familia de mi nuera, hasta que los otros dos se restablecieran completamente..., si Dios les concedía esa gracia. Tardaron varios meses. Finalmente —nadie sabe por qué milagro—, ambos hermanos se salvaron, no sin algunas secuelas, que el paso del tiempo atenuó. Sin embargo, siempre con el temor de que la enfermedad asaltara a Alexander, el menos robusto de sus gemelos, Marion, agotada, prefirió dejar a su hijo menor algún tiempo más en Glenlyon.

Los periodos difíciles se eternizaron; los meses se convirtieron en años, tres en total. Por fin, como Marion se restablecía poco a poco de su gran cansancio, el regreso del niño al valle fue progresivo. Los dos años que siguieron se repartieron entre Glencoe, en el periodo estival, y Glenlyon, durante el invierno. Ahora hacía tres años que Alexander había regresado definitivamente con los suyos. El pobre chico todavía buscaba hacerse un lugar en el clan. Era el «extranjero», y esta etiqueta lo hería cruelmente.

Por celos e incompreensión, con frecuencia lo dejaban de lado. En casa de su abuelo materno, había recibido la educación digna del hijo de un laird y había llevado una vida que nunca hubiera conocido en otras circunstancias. Todo eso lo hacía diferente a los ojos de sus hermanos. Además, el abuelo John Buidhe Campbell no ocultaba su preferencia por el muchacho, lo que alimentaba la envidia de sus semejantes.

Una violenta discusión acababa de estallar entre los tres chicos. Como siempre, John se interponía entre Malcolm Henderson y Alexander, que plantaba cara a este último.

—Nunca entenderé a este niño —murmuró Duncan, que había seguido la escena—. Siempre anda buscando pelea con los otros. ¿Por qué? Me pregunto si no haría mejor dejándolo aquí...

—Él sufre, Duncan. Aquí, es un Campbell; en Glenlyon, sólo es un Macdonald. ¿Acaso no lo ves? Se está buscando, y eres tú quien tiene que ayudarlo a descubrir quién es. Un apellido no es más que eso, si el hombre que lo lleva no tiene alma.

Sacudiendo indolentemente su cabellera de color ala de cuervo sembrada de hilos plateados, Duncan bajó la mirada hacia nuestras manos, que reposaban juntas sobre mi *arisaid*⁵ gastado. Conscientes del error que habían cometido al alejar a Alexander de los suyos durante tanto tiempo, Duncan y Marion tenían remordimientos; yo lo sabía. Pero la actitud belicosa de su hijo con frecuencia sacaba de quicio a Duncan. Por ello, al pequeño le atribuían también el apodo de *Alas*.⁶ Duncan sabía que ese hijo le daría trabajo, pues siempre estaba llamando la atención con sus extravagancias. Pero había jurado que nunca volvería a separar a sus dos hijos. Tendría que transigir con ese carácter rebelde.

—Padre conseguía hablar tan bien con él... ¿Por qué..., por qué yo no lo consigo? Me gustaría tanto que entendiera

5. Prenda tradicional femenina de las Highlands, formada por un plaid drapeado alrededor del cuerpo y sujeto en el busto con un cinturón.

6. *Alas*: en inglés, expresión de despecho.

que nosotros reconocemos nuestro error... ¡Nunca hubiéramos tenido que separarlos! Si padre todavía estuviera aquí...

La emoción lo ahogó y apretó con más fuerza mi mano, que se puso a temblar. «Si Liam todavía estuviera aquí...» Cerré los párpados, me acordé de aquel terrible día en que Liam me había besado por última vez. Era un día como ése, fresco y soleado. Los grillos cantaban alegres entre las altas hierbas amarillentas; las frondas de los helechos, como delicados encajes, se doraban bajo los fuegos de los últimos rayos del verano de 1743. Todavía no había transcurrido una semana desde el entierro de Margaret, la hija mayor de Duncan, muerta junto con Eibhlín, la pequeña a la que daba a luz, y Liam volvía a marcharse hacia las Lowlands con Duncan y otros cinco hombres del clan. Iban a encontrarse, como siempre, con la banda de Buchanan y los Macgregor.

Después, habían pasado dos semanas. Los rumores que circulaban sobre la preparación de un nuevo levantamiento habían puesto a las autoridades en estado de alerta. La Guardia Negra había aumentado sus patrullas por las Highlands, y cada vez era más difícil evitarlas por los nuevos caminos. Liam y Duncan, presurosos por regresar a casa con su botín, habían hecho gala de gran temeridad al tomar el camino militar que enlazaba el fuerte William con el lago Lomond y que pasaba por la puerta este de nuestro valle. Fue un desgraciado cúmulo de circunstancias: un contingente de la Guardia Negra que acababa de franquear el sendero escarpado de las Escaleras del Diablo se había cruzado con su grupito.

Según Duncan, hubo un corto intercambio de palabras, frío pero cortés, entre Liam y el capitán del destacamento. Después, cada uno había seguido su camino. En ese momento, un disparo hizo eco contra las paredes de granito, un único disparo que inmovilizó a todo el mundo. Al creerse el blanco de los soldados, Liam y sus hombres respondieron. Tuvo lugar una refriega, que dejó dos muertos del lado de los soldados y tres heridos entre los nuestros. El grupo de Liam, perseguido, había encontrado refugio en las montañas y se había evitado la masacre.

Dejé mis cabellos sueltos y salí al exterior de la cabaña y, atraída por el gorgoteo de la cascada, di unos pasos hacia el bosquecillo de abedules tocados de oro y vestidos con un velo brumoso que se extendía por todo el valle. El agua estaba fresca. Me refresqué la cara y el cuello. Después, me senté en la orilla y abandoné mis pies a las caricias de la corriente.

Los incesantes graznidos de los cuervos me habían despertado y me exasperaban desde el amanecer. Busqué con la mirada a esos pájaros de infortunio. Había uno encaramado en la rama más alta del viejo roble que daba su sombra sobre nuestra cabaña; parecía que me mirara. Rebusqué en la hierba, cogí una piedra y la lancé en dirección al ave, que ni se inmutó.

—¡Vete! —gruñí entre dientes—. Lárgate de aquí, especie de...

No acabé la frase. Un movimiento a lo lejos atrajo mi atención. Giré la cabeza y vi que una tropa de jinetes se acercaba. Me levanté haciendo una mueca: me dolía la espalda a causa de las largas jornadas pasadas tejiendo frente al telar. Durante un instante, creí que los hombres que habían ido a cazar al alba ya regresaban. Después, entorné los ojos y reconocí la cabellera de Duncan, que danzaba alrededor de su cabeza. Con gran alegría, busqué la cabellera de Liam. No la veía. Se me heló la sangre y se me crispó la mano. Un terrible presentimiento me oprimió el pecho, impidiéndome respirar.

—Liam... —conseguí articular—. ¿Dónde está Liam?

Recogí mis faldas con una mano y corrí hacia el grupo, que aminoró el paso frente a nuestra cabaña. Duncan había echado pie a tierra y con dos hombres se afanaba alrededor de uno de los caballos. El caballo de Liam...

Tropecé y me caí. La angustia me llenaba los ojos de lágrimas, que me enturbiaban la vista. Mi pobre corazón latía con furia y amenazaba con estallar al mismo tiempo que mi vida.

—¡Liam! —grité, intentando levantarme.

Las faldas me entorpecían los movimientos; volví a caer. Me oyeron y me vieron. Douglas MacPhail, mi yerno, vino en mi ayuda, mientras que Duncan y los otros transportaban un cuer-

po al interior de la cabaña. Una hermosa cabellera plateada flotaba al viento...

—¡Liam! ¡Liam! —chillé, completamente enloquecida.

Me precipité al interior. Los hombres se eclipsaron y me abrieron paso hasta mi amor. Cuando llegué, Duncan, sentado en el borde de la cama, se levantó. Tenía la cara gris y embaldurnada de barro. Giró sus ojos enrojecidos hacia mí, y me tendió una mano... llena de sangre. Yo emití un gemido.

—No...

Unos brazos me retuvieron e impidieron que me desmoronara en el suelo. Arrastraron un banco hasta la cama y me hicieron sentar.

—Madre... —oí como en un sueño, mientras una visión de pesadilla se presentaba ante mis ojos.

La camisa de Liam estaba escarlata de sangre: su sangre. Su pecho se levantaba con dificultad, con un silbido preocupante. Estaba gravemente herido.

—Liam —murmuré suavemente, inclinándome sobre él.

Sus párpados se movieron y se abrieron lentamente, dejando al descubierto una mirada velada. A pesar de mi desasosiego, debía tener sangre fría. Liam necesitaba mi presencia; yo no podía flaquear.

—Cait... lin..., a ghràidh... —articuló él con esfuerzo, buscando mi mano.

Nuestros dedos se enredaron, se soldaron unos con otros. Él suspiró, y su boca se torció en un rictus de dolor que me hizo apretar las mandíbulas.

—Nos ha atacado un destacamento de la guarnición del fuerte William —me susurró Duncan al oído—. No sabemos lo que ha sucedido, madre... Alguien ha disparado, y todo se ha desencadenado.

—¿Cuándo ha sucedido? —pregunté, palpando con precaución la camisa pegajosa de Liam, que se quejaba.

—Hace tres horas...

—¿Tres horas? ¿Tu padre está en este estado desde hace tres horas, y no me lo traéis hasta ahora?

Se hizo un silencio cargado de reproches, por un lado, y de

culpabilidad, por otro. Duncan se movió detrás de mí. Oí un crujido de telas y unas rascaduras en el suelo. Los hombres abandonaban la cabaña. Pero Duncan seguía allí, detrás de mí, respirando entrecortadamente, oprimido por el remordimiento y la pena. Cerré los ojos para contenerme, con los dedos crispados sobre la tela ensangrentada.

—No hemos tenido elección, madre —intentó explicarme con voz alterada—; nos perseguían. En ese momento, padre todavía se aguantaba en la silla. Nos ha prohibido expresamente que condujéramos a los soldados hasta el valle. Se hubieran vendido de nosotros. Hemos tenido que esperar..

Sacudí la cabeza en señal de comprensión, y me mordí un labio para contener un sollozo. Liam había querido proteger a su familia. Se dejaba en ello la vida, su vida..., y la mía, una buena parte de la cual se iba con él.

—¡Dios mío! ¡Nooo! —sollocé, hundiendo mi cara en la cabellera de Liam.

Mis lágrimas iban a diluir la sangre sobre la camisa. Una mano acarició mis cabellos. La voz de Duncan me alcanzó otra vez, pero no comprendí las palabras. Después me encontré sola con Liam, que buscaba mi mirada. Su mano temblaba sobre mi mejilla. Luego, cayó pesadamente sobre su pecho.

—No llores..., a ghràidh...

—Liam... no me dejes...

—Yo... creo que esta vez... no puedo... hacer nada. Demasiada sangre... perdida. —Respiró, apretando mi mano con un espasmo para controlar el dolor—. Te quiero...

—Yo también, mo rùin. Yo también te quiero. ¡Oh, Señor Dios! ¡Liam, no te mueras!

—Dios... así lo ha decidido, a ghràidh. Me has hecho feliz. Yo... me voy feliz..., sin arrepentimientos... No estés triste.

Una risa burlona me abogó. Bruscamente, me di cuenta de que su vida se deslizaba entre mis dedos y de que no podía hacer nada.

Él esbozó una débil sonrisa e inspiró profundamente con un silbido que no auguraba nada bueno.

—Vendrás... a reunirme conmigo. Nos encontraremos, Caitlin. Pronto...

—Pronto... —repetí, sollozando más—. Sí, pronto, mo rùin.

Sus dedos se deslizaron entre mis cabellos tejidos de blanco, y después descendieron hasta mi pecho. «Disfrutar cada instante.» Su mano se curvó sobre un pecho, y lo aprisionó en su calor. Después volvió a tomar posesión de mi cara y me obligó a hundirme en el azul de su mirada, el más bello de los lagos de Escocia.

—Eres... todavía tan hermosa. Siempre... has sido la más hermosa...

—Pero ya no soy más que una manzana vieja y seca...

Metí el labio entre mis dientes para evitar gritar de dolor. Los ojos de Liam se trastornaron. Volvió a hacer una mueca, se arqueó ligeramente y después se hundió. El final estaba próximo. El pánico se apoderó de mí.

—Háblame, Liam. ¡No me dejes, háblame!

—Casi... cincuenta años de felicidad, a ghràidh. Eso es lo que me has... aportado. Gracias a ti... mi apellido sobrevivirá..., yo sobreviviré...

Emitió un débil gemido que me arrancó el corazón, y cerró los párpados para dejar pasar el dolor. Después, sonrió.

—Te duele. Guarda tu aliento para los otros, Liam.

—Ya he hablado... con Duncan —continuó—. A Iain,⁷ le darás mi cuerno de pólvora, y... a Alasdair...,⁸ mi escudo... Tiene que saber... quién es. No tiene que olvidar... de dónde viene. Él... está tan perdido..., tan...

Su voz se hacía cada vez más débil; yo me aferraba a ella desesperadamente.

—Se lo daré —lo tranquilicé, acariciando sus cabellos—. Le hablaré, te lo prometo.

Suspiró y meneó la cabeza, satisfecho.

—Ahora... bésame, a ghràidh mo chridhe...

Cerré los ojos y me incliné sobre él. Su aliento perfumado de whisky dio calor a mi cara. Conteniendo un sollozo, posé suavemente mis labios sobre los suyos. Eran suaves y tibios... Con ese beso, recogí su último aliento.

7. «John», en gaélico.

8. «Alexander», en gaélico. En el relato, alternan ambos nombres.

Era nuestro beso de adiós...

Un violento dolor me atravesó el pecho. La mano de Duncan sobre la mía se crispó ligeramente. Mi hijo se volvió hacia mí, con aire inquieto.

—¿Madre? ¡Madre!

Me agarró por el corpiño. Yo intenté hablar, pero sólo escapó de mi garganta un sonido ronco. Su voz ya no me alcanzaba, sólo era un murmullo. Me levantó, estrechándome con fuerza contra él, y llamó a John y a Alexander para que fueran en busca de su madre y de su hermana Mary cuanto antes. Noté que el sol abandonaba mi rostro. El olor de la turba me picó la nariz y la humedad de la cabaña me hizo estremecer. Duncan me dejó sobre una cama y me tapó con unas mantas.

—¿Madre, me oís?

—Sí..., Duncan...

—¡Oh! Mamá... ¡Tan pronto no, tan pronto no!

Una dulce sonrisa se dibujó en mi boca, a pesar del dolor que arañaba mi pecho. «Mamá...» Hacía una eternidad que Duncan no me llamaba así, exactamente desde el día en que decidió que se había hecho un hombre.

—Alasdair... Ve a buscármelo, Duncan —le pedí apretándole el brazo con insistencia—. Tengo que hablar con él antes...

—¡Mamá, no habléis de fatalidad!

—Alasdair... Date prisa.

—Sí, sí. Ya viene. Ha ido a buscar a Mary y a Marion...

—De acuerdo, de acuerdo...

—Abuelita Kitty, no vais a moriros, ¿eh? —dijo la voz de John, que estaba en la puerta con la mirada fija en mí.

Duncan se volvió y le hizo señas para que se acercara.

Alarmados por los gritos de los gemelos, llegaban todos, los unos tras los otros, mis nietos y mis bisnietos. Distinguía sus siluetas en la penumbra. Su presencia infundió calor a mi corazón. Partiría rodeada de quienes amaba...

Iría al encuentro de los que ya nos habían abandonado. Mi hija Frances, y mi hijo Ranald. Margaret y Eibhlin. Marcy y

Brian, los hijos de Duncan Og, que se habían ahogado con motivo de una trágica salida en chalupa por el lago Leven. Los sentía junto a mí. Me cogían la mano, me tranquilizaban y me guiaban hacia ese mundo desconocido que tanto me asustaba. Allí donde me esperaba Liam.

Contemplé a mi descendencia con cierto orgullo. «Mira, *mo rùin*, lo que dejamos detrás de nosotros. Son nuestra sangre, el fruto de nuestro amor. Son un nuevo ciclo de la rueda que es la vida eterna.»

El dolor se atenuó y dio lugar a un extraño entumecimiento. Me quedaba tan poco tiempo para decirles a todos cuánto los amaba. Tan sólo podía otorgar algunos segundos a cada uno; las fuerzas me abandonaban... La hermosa Mary lloraba. Se había casado apresuradamente un mes antes del desembarco del príncipe en tierra escocesa. Lo mismo que había hecho Frances con su desgraciado Trevor. Amable Mary, tan generosa con los que amaba; tan orgullosa y recta ante los otros.

Desde que Liam no estaba, la joven se ocupaba de mí con abnegación. Coll, su hermano pequeño, intentaba ahora consolarla, envolviéndola con su inmensa corpulencia. Aunque tan sólo tuviera catorce años, ya tenía la estatura de un hombre. Una corte de jovencuelas lo seguían por todas partes como alegres oriflamas rindiendo homenaje a su encanto secreto.

Duncan Og, el mayor de Duncan, también estaba allí, con su esposa, Colleen, y sus tres hijos. Sólo faltaban Angus, que había dejado dos hijos al cuidado de su esposa, Molly, y James, soltero y mujeriego empedernido. Ambos ya se habían concentrado con el ejército.

Su primo, Munro, el hijo único de Frances, llegó entonces. El pequeño nunca había comprendido por qué su madre se había ido sin decirle adiós ni besarlo. Frances había sido violada hacía bastantes años, cuando Munro no era más que un niño. Después, había tenido una extraña enfermedad, que, poco a poco, le había minado la mente..., hasta que ya no quedó nada y murió. A veces me preguntaba si el hecho de

haberle quitado al retoño que había puesto en el mundo nueve meses después no había agravado su mal en lugar de aliviarlo. Pero era demasiado tarde para los arrepentimientos. La pequeña nacida de aquel horrible crimen vivía tranquilamente lejos de Glencoe, rodeada del amor que se merecía. Yo me había asegurado de que así fuera.

Pero ¿dónde estaba Alexander? Tenía que verlo sin falta...